

y aun nada importaría que no hubiera sido un valiente militar y un artista distinguido. Bástale con ser lo que fué, un poeta inimitable por lo original y fácil, por la intención, naturalidad y fluidez de todos sus versos, por la admirable pintura de nuestras costumbres y defectos nacionales y por un conjunto de dones extraordinarios que el cielo concede á pocos de los talentos más favorecidas.

Los miasmas absorvidos por José Batres en San Juan de Nicaragua, y más que éstos todavía, los miasmas de los padecimientos morales que habían venido envenenando su existencia, minaron sensiblemente su salud. Volvió de su expedición dominado completamente por el hastío de la vida que, según lo describe Alfonso Karr, es un enemigo más temible para el hombre que la desesperación, que el hambre y que la fiebre: que ha causado más víctimas que todas ellas juntas; y que para colmo de desgracia, sólo á los tontos perdona. Volvió padeciendo además una violenta gastralgia, y esas dolorosas enfermedades que en lo de adelante solo le dejaban algunas treguas, le hundieron inesperadamente en el sepulcro el 9 de julio de 1844, cuando acababa de cumplir treinta y cinco años de edad. Duermen sus cenizas en un mausoleo del antiguo cementerio de esta capital con las de su pariente y amigo querido D. José Montúfar, y con las de las apreciables tías de este respetable caballero, aguardando el instante en que la gratitud nacional las traslade á un monumento que, por espléndido y duradero que fuese, nunca lo sería tanto como el que levantó él á su patria con el tomito de sus poesías, y como el que tiene ya en la memoria, la admiración y el afecto de todos los amantes de las letras.

Así se apagó aquella inteligencia que tanto pensó, aquel corazón que amó y que sufrió tanto. Pobre poeta! cuando escribió la carta con motivo de la muerte de su hermano, derramando lágrimas por haber encontrado en sus cuadernos el extracto de Byron, de que quien muere joven es querido de los dioses, ignoraba que á él le querían también, y que tan joven había de morir! En ese mismo año, á la

misma edad, perdía la vida en el cadalso Gabriel de la Concepción Valdés, exhalando aquella lindísima plegaria á Dios y dejando á su madre aquella despedida, que son todo un poema de inocencia y de amor, de ternura y de dolores. Dos años antes había muerto Espronceda á la edad de treinta y dos. Qué misterio el de la suerte y el de la vida de muchos de los hombres de extraordinario talento y gigantesca inspiración! Byron y Heredia mueren cuando sólo cuentan treinta y seis años: de treinta y uno es ejecutado el inspirado autor de la Joven cautiva: de treinta y siete es fusilado Juan Clemente Zenea: Larra se suicida al llegar á los veintiocho, y al llegar á los veinticuatro Manuel Acuña: Leopardi expira al cumplir treinta y ocho, y Manuel de la Revilla antes de los treinta y seis. ¿Porqué desaparecen tan pronto, como esas flores que cuando tienen matices más delicados y más bellos, más pronto desfallecen y se secan, como esas lámparas que brillan más que las otras, pero antes que las otras también se extinguen, porque para brillar así, consumen con más actividad y rapidez la sustancia que las nutre y alimenta? Misterio es de la naturaleza por qué al paso que tan instantáneamente se acaban esas existencias preciosas llamadas á producir tantos y tan envidiables frutos, y se corta tan luego el hilo de oro de la vida de los que debieran ser inmortales en ella como lo son en la posteridad, se prolonga por muchos años la duración de otras existencias inútiles y quizá perjudiciales para la humanidad. Con razón dicen aquellos hermosos versos de Góngora:

El bien es aquella flor
Que la ve nacer el alba,
Al rayo del sol caduca
Y la sombra no la halla.
El mal, la robusta encina
Que vive con la montaña,
Y de siglo en siglo el tiempo
Le peina las verdes canas.

Y para qué había Batres de vivir más? Me lo imagino como gigantesca locomotora cargada de vapor, que tiene que estrellarse contra muros de bronce que se le oponen á su paso: como el ave aprisionada con la que el poeta inglés comparaba á su Haroldo, que se lastima el pecho y se despedaza el pico contra los hierros de su jaula hasta que sucumbe teñido en sangre su plumaje. Deshojada la flor de sus ilusiones, muertas sus esperanzas, apagado en el alma el fuego del entusiasmo, sin fe en la humanidad, debía de sentir la verdad expresada por Thiers de que la muerte es la única esperanza de aquellos á quienes ya no les queda ninguna, porque como decía melancólicamente el autor de "La copa y los labios," es menos infeliz, el que muere que el que vive estando hastiado de vivir. En su romance se oye esta dolorosa invocación de su espíritu cautivo:

Ya mi mal está colmado,
Oh muerte! Oh nada desierta!
Abre, eternidad, tu puerta,
Para que éntre un desgraciado!

Y la muerte compasiva oyó sus votos y abrió su seno para recogerle. La puerta de la eternidad se abrió, y sí al traspasarla el desgraciado que con tanto afán llamaba á ella, cayeron las sombras de la tristeza y del duelo sobre el Parnaso Centro-Americano, y sus musas antes regocijadas y festivas se vistieron de luto y lloraron de dolor, el nombre y la memoria del poeta comenzaron á resplandecer para siempre con un rayo del sol de la inmortalidad, y sobre la frente de la patria se engastó en la diadema de sus glorias una de las mas preciosas joyas que como astro de luz la llena de incomparable claridad.

¿Qué importa además que hayan sido tan cortos los días de la existencia de Batres, si pasados los años por muy numerosos que sean, no son más que unas breves horas, y si la vida no es propiamente sino la inmortalidad con que se so-

brevive á la muerte? Batres había de sentir, aunque no lo dijera como Horacio, que no moriría todo él: que aún cuando su cuerpo se redujera á cenizas en el sepulcro, la posteridad perpetuaría su memoria, y su nombre iría pasando al través de las generaciones, vivo y glorioso siempre, en medio de la mudanza de los tiempos y del vaivén de los acontecimientos: que no sería su existencia una de esas existencias oscuras que se extinguen por millones sin dejar ningún rastro como las hojas que hace caer cada otoño, sino una de esas vidas que comienzan en el sepulcro porque en el sepulcro empieza la inmortalidad. Descanse en él el poeta popular que se llama José Batres: allí donde el corazón ya no se estremece con el sufrimiento que como invisible y poderosa electricidad toca á cada instante la invisible cadena de los dolores; allí donde no le impresiona el desvío que encontró á su paso por el mundo, y donde la envidia y la maledicencia se deshacen en la tierra solitaria de las playas de la muerte, como se deshacen en las arenas de la costa las olas irritadas del Océano. Contemplando el escaso aprecio que mereció á sus contemporáneos y los justos honores que hoy le tributan todos los amantes de las letras, podíamos recordar aquellos versos dedicados con análogo motivo á Mesonero Romanos:

Siempre laureles al muerto
Y siempre espinas al vivo!
¿Es que ante la eternidad
Cede la humana malicia?
¿Empieza allí la justicia
O acaba allí la verdad?
Nada en el mundo me asombra
Como esos juicios inciertos:
¿Consistirá en que los muertos
No hacen á los vivos sombra?

En el número 163 de la Gaceta Oficial correspondiente al

19 de julio de 1844, se lee el remitido que un extranjero envió á los Señores Editores suplicándoles se sirvieran darle cabida, y es el que se contiene en las siguientes líneas, debidas según parece á la pluma del Sr. Alcalá Galiano: "En la tarde del día nueve del corriente perdió la República de Centro-América á D. José Batres y Montúfar. Vivió aislado: pocos le comprendieron y nadie supo apreciar en lo que valía su noble alma y superior talento. El Ser Supremo, infinitamente benéfico, lo llamó á su seno. Desde allí reciba las lágrimas que el dolor y la gratitud arrancan á un verdadero amigo."

A continuación de estas líneas se leen estas otras: "Los Editores quedamos sumamente agradecidos por este elogio á nuestro compatriota, y lo publicamos con tanto más gusto cuanto que viene de una pluma extranjera. Únicamente nos permitimos agregar en honor del Sr. Batres, que aunque sus prendas no fuesen generalmente reconocidas en el país por el retiro á que lo inclinaban el estudio y su carácter, sí lo fueron de las personas cuyo concepto pudiera lisonjearlo; y que el Gobierno dió pruebas del aprecio que hacía de sus talentos desde 1837, en que después de haberle conferido los grados militares en el cuerpo de artillería, de que era Capitán, cuando dejó el servicio activo, fué enviado como adjunto del Sr. Baily á la comisión para explorar el río y canal de San Juan de Nicaragua: que lo empleó también el Supremo Gobierno en otros varios destinos y que últimamente estaba nombrado en clase de Ingeniero para la importante demarcación de límites entre este Estado y el de Honduras, comisión que no se habría confiado sino á una persona de los conocimientos de Batres, y que la muerte no le permitió emprender."

VII

Si entre nosotros se preguntara, como pregunta un eminente crítico francés juzgando á uno de los primeros poetas

de su nación, qué lectura se escoge con mas agrado en esos momentos, que por desgracia no son escasos, en que tratamos de sustraernos á nosotros mismos y de sacudirnos ó des-
embarazarnos del tiempo: si se pregunta ¿ qué libro es el que busca insensiblemente la mano, cuál es el que más se hojea y se cita, cuál es el que está más grabado en el recuerdo de todos los hombres instruidos y también en el de los que no lo son, sin duda que la respuesta sería: el libro de las poesías de José Batres; y sin duda se reconocería también que si esto se debe en parte al género de ellas, se debe principalmente al talento del autor. Entre nosotros, los niños las manosean, como refiriéndose á todo el mundo respecto de una obra inmortal, lo decía el Bachiller Sansón Carrasco en aquel sabrosísimo diálogo entre el hidalgo manchego y su escudero Sancho á propósito de la primera parte de Don Quijote: los mozos las leen, los hombres las entienden y los viejos las celebran. Batres lo mismo que Zorrilla al comenzar una de sus leyendas puede decir:

Tal es la historia peregrina y bella
Que os doy en estas hojas escondida,
Para que el pasto y el deleite de ella
Os alivien las penas de la vida.

Puede como Cervantes gloriarse de que con sus leyendas

Ha dado un pasatiempo
Al pecho melancólico y mezquino
En cualquier ocasión, en cualquier tiempo.

De ellas puede decirse, si es lícito parodiar tales expresiones, que son tan trilladas, tan leídas y tan sabidas de todo género de gentes, que apenas ven un marido burlado recuerdan á Don Cornelio y á Don Juan del Puente; en cuanto tropiezan con un calavera, dicen "allí está Don Pablo," y á un hombre chapado á la antigua le llaman Don Pascual; y quienes más se han dado á su lectura son las